

Su hermano Alejandro, que vino á ser el presunto heredero en 1865, y fué más tarde Alejandro III, formaba raro contraste con Nicolás Alexandrovich. Tanto me recordaba á Pablo I, por su fisonomía, su figura y su contemplación de sí mismo, que yo acostumbraba á decir: « Si alguna vez reina, será otro Pablo I en el palacio de Gatchina y tendrá el mismo fin que su bisabuelo, á manos de sus propios cortesanos ». Su resistencia á aprender era invencible; se decía que Alejandro II habiendo tenido tantas dificultades con su hermano Constantino, que estaba mejor educado que él, adoptó la política de concentrar toda su atención en el primogénito y descuidar la educación de los demás; sin embargo, dudo mucho que eso sea cierto. Alejandro Alexandrovich ha debido tener aversión á todo lo que sea instruirse desde su infancia; su ortografía, que pude apreciar en los telegramas que dirigía á su prometida en Copenhague, era extremadamente mala. No puedo dar aquí un ejemplo de ella en ruso; pero en francés escribía de este modo: « *Ecri á oncle á propos parade les nouvelles son mauvaisent* », y así por el estilo.

Se dice que sus maneras se suavizaron en el último tercio de su vida; pero en 1870, y aun mucho después, era un verdadero descendiente de Pablo I. Conocí en San Petersburgo un oficial de origen sueco (de Finlandia), á quien se había enviado á los Estados Unidos á ordenar fusiles para el ejército ruso. A su vuelta, tuvo que dar cuenta de su misión á Alejandro Alexandrovich, encargado de la inspección del cambio de armamento del ejército. Durante esta entrevista, el zarevich, dando rienda suelta á su carácter impetuoso, empezó á reprender al oficial, quien probablemente contestaría con dignidad, lo que fué causa que el príncipe, presa de un acceso de furor, insultase á aquél, usando un lenguaje soez. Pero el ofendido, que pertenecía á ese tipo de hombres dignos y respetables que con frecuencia se encuentran entre la nobleza sueca en Rusia, se retiró en el acto y escribió al presunto heredero una carta, en la cual decía que, si en el término de veinticuatro horas no le daba una satisfacción, se pegaría un tiro. Aquello era una especie de duelo japonés; pero el joven Alejandro no mandó sus excusas, y el oficial cumplió su palabra. Yo lo vi en casa de un íntimo amigo mío, que lo era también suyo, contando los minutos y esperando recibir la explicación; á la mañana siguiente estaba muerto. El zar se incomodó mucho con su hijo, y le ordenó acompañara el cadáver hasta su última morada; pero ni aun esta terrible lección curó al joven de la altivez é impetuosidad propias de los Romanoff.

PARTE TERCERA

SIBERIA.

I.

A mediados de Mayo de 1862, semanas antes de nuestra promoción, me dijo un día el capitán que hiciera la lista final del regimiento á que cada uno quería pertenecer. Podíamos elegir entre todos los de la guardia, en los que se ingresaba con el primer grado de oficial, y los de línea, con el tercer grado de teniente. Formé una lista de nuestra clase, y fuí preguntando á los compañeros; cada uno sabía ya el regimiento al que iría á unirse, y muchos usaban en el jardín las gorras de oficiales de los que habían elegido.

« Coraceros de Su Majestad », « La guardia de Corp Preobrazhensky », « La guardia montada », eran las contestaciones que yo inscribía.

« ¿Pero tú, Kropotkin, á dónde vas? ¿A la artillería? ¿A los cosacos? » — me preguntaban por todas partes; y no pudiendo responder á tales cuestiones, le encargué, al fin, á un amigo que completara la lista y me retiré á mi habitación á meditar una vez más sobre mi última resolución.

Que no había de entrar en un regimiento de la guardia dedicándome á pasar la vida entre paradas y bailes cortesanos, era cosa ya de antiguo resuelta. Mi sueño se fundaba en el deseo de entrar en la Universidad; en aprender, en vivir la vida de estudiante. Lo cual, por supuesto, significaba el romper por completo con mi padre, cuyas ambiciones eran muy distintas, y no contar para mi sostenimiento más que con lo que pudiera ganar dando lecciones. Miles de estudiantes rusos viven de ese modo, y tal género de vida no me asustaba en lo más mínimo. Pero, ¿cómo había de hacer frente á las primeras dificultades? Dentro de muy pocas semanas tendría que dejar el colegio, ocuparme de mi ropa, buscar habitación, y no veía la posibilidad de proporcionarme ni hasta la insignificante cantidad que se necesitaría para empezar, aun en la forma más modesta. Así que, no siendo práctico lo de la Universidad, había pensado á menudo, últimamente, entrar en la academia de artillería: esto me libraría por dos años de las molestias del servicio militar, y después de los demás estudios, podría continuar los de matemática y física. Pero el viento de la reacción se dejaba sentir, y á los oficiales se les había tratado durante el invierno anterior en las academias como si fueran niños de escuela; en dos de ellas se habían sublevado, y en otra se retiraron todos en masa.

Mis pensamientos se volvían más y más hacia Siberia; la región del Amur había sido anexionada recientemente á Rusia; yo conocía todo lo escrito respecto á ese Misisipí del Oriente, las montañas que atraviesa, la vegetación subtropical de su tributario el Usuri, y mi ima-

ginación fué más allá; á las regiones tropicales, que Humboldt ha descrito, y á las grandes generalizaciones de Ritter, que me deleitaba el leer. Además, yo razonaba así: en Siberia hay un espacio inmenso para la aplicación de las grandes reformas ya realizadas ó que vendrán en breve: allí deben ser poco numerosos los trabajadores, y es indudable que encontraré un campo de acción en armonía con mis inclinaciones. Lo peor era que tendría que separarme de mi hermano Alejandro, quien se había visto obligado á dejar la Universidad de Moscou, después de los últimos desórdenes, y al cual yo esperaba (y con razón) sin saber por qué, de un modo ó de otro, volver á ver pronto. No quedaba más que elegir el regimiento en la región del Amur. El Usuri me atraía más; pero, desgraciadamente, allí no había más que un regimiento de cosacos de infantería; y el servir en semejante cuerpo era demasiado para un joven de mis años, por lo que me resolví á ingresar en los de caballería del Amur.

Lo que anoté en la lista, con asombro de todos mis compañeros. « ¡Está tan lejos! », decían; en tanto que mi amigo Dauroff, cogiendo el Manual del Oficial, leyó en él, para horror de todos los presentes: « Uniforme negro, con cuello rojo sencillo, sin trencillas; gorra de pelo, hecha de piel de perro ó de cualquiera otro animal; pantalón, gris ».

« ¡Qué uniforme! — exclamó. — Dejemos aparte la gorra; podéis usarla de piel de lobo ú oso; pero, ¡y los pantalones! ¡Gris como los de los obreros! » Al oír esto, la consternación llegó á su máximo de intensidad. Yo lo eché á broma lo mejor que pude y le llevé la lista al capitán.

« ¡Kropotkin lo ha de tomar todo á broma! — exclamó al verla. ¿No os he dicho que hay que mandar la lista al gran duque hoy mismo? »

Un sentimiento de asombro y compasión se manifestó en su semblante cuando le dije que aquello expresaba realmente mi intención.

Sin embargo, al día siguiente, casi estuve á punto de cambiar de resolución, al ver cómo la tomó Klusowski: él esperaba verme en la Universidad; me había dado lecciones de latín y griego con tal objeto, y yo no me atrevía á revelarle lo que verdaderamente me impedía el hacerlo; pues sabía que, en tal caso, se hubiera ofrecido á compartir conmigo lo poco que tenía.

Mi padre al saberlo, telegrafió al director que se oponía á que fuera á Siberia, y el asunto pasó al gran duque, que era el jefe de la escuela militar. Fuí llamado á su presencia, y allí hablé sobre la fertilidad del Amur y otras cosas parecidas, porque tenía motivos sobrados para presumir que, si manifestaba deseos de ir á la Universidad, y no contaba con recursos para ello, alguien de la familia imperial me hubiera ofrecido una bolsa; cosa que por todos estilos deseaba yo evitar.

Imposible es decir cómo todo esto hubiera concluído, cuando un acontecimiento de importancia — el gran incendio de San Petersburgo — vino á traer de un modo indirecto una solución á la dificultad.

El lunes después de la Trinidad — el día del Espíritu Santo, que caía aquel año en el 26 de Mayo, antiguo Cómputo — estalló un terrible incendio en el llamado Apraxin Dvor, que era un inmenso espacio de

más de 800 metros cuadrados, que estaba enteramente cubierto de tiendas pequeñas — verdaderas barracas de madera, — donde se vendían toda clase de artículos de segunda y aun de tercera mano. Muebles y camas usados, ropas y libros viejos arrojados allí de todos los barrios de la ciudad, se hallaban almacenados en las pequeñas barracas y expuestos en el terreno que mediaba entre ellas, y aún en los techos de las mismas. Esta acumulación de materias inflamables tenía á su espalda el ministerio de la Gobernación y sus archivos, donde se guardaban todos los documentos concernientes á la liberación de los siervos; y á su frente, que estaba formado por una hilera de tiendas construídas de piedra, se encontraba el Banco Nacional. Una estrecha callejuela, formada también de tiendas de sólida construcción, separaba el Apraxin Dvor de un ala del cuerpo de pajes, que estaba ocupada por tiendas de refino y aceite en el piso bajo y por los departamentos de los oficiales en el superior. Y casi enfrente del mencionado ministerio, al otro lado de un canal, había extensos depósitos de madera, en los cuales, al mismo tiempo que en el laberinto formado por las barracas de enfrente, se inició el fuego de un modo simultáneo á las cuatro de la tarde.

Si hubiera hecho viento aquel día, media ciudad hubiese sido pasto de las llamas, incluyendo el Banco, varios ministerios, el Gortinoi Dvor (otra gran aglomeración de tiendas en el Neuski Prospekt), el cuerpo de pajes y la Biblioteca Nacional.

Yo estaba aquella tarde en el colegio, comiendo en casa de uno de nuestros oficiales, y nos lanzamos hacia el lugar del siniestro, en cuanto vimos, desde las ventanas, las primeras nubes de humo elevarse tan próximo á nosotros. El espectáculo era terroífico: como una serpiente inmensa, agitándose y silbando, el fuego se corrió en todas direcciones, á derecha é izquierda, envolvió las barracas, y de pronto se levantó en gigantesca columna, de la que partían sus silbantes lenguas dispuestas á lamer más tiendas con los géneros que contenían. Remolinos de humo y fuego se formaron en el acto; y cuando los producidos por las plumas quemadas, procedentes de las tiendas de colchones, empezaron á inundar el espacio, se hizo imposible permanecer por más tiempo dentro del ardiente mercado: hubo que abandonarlo sin remedio.

Las autoridades habían perdido la cabeza por completo. En aquella época no había ni una sola bomba de vapor en San Petersburgo, y fueron trabajadores los que dieron la idea de traer una de los talleres de fundición de Kolpino, situados á 35 kilómetros, por ferrocarril, de la capital; cuando la bomba llegó á la estación, el pueblo mismo la arrastró á la conflagración. De sus cuatro líneas de mangueras, una había sido inutilizada por una mano desconocida, y las otras tres se dirigieron al ministerio de la Gobernación.

Los grandes duques vinieron al lugar del fuego y se volvieron á marchar; ya entrada la tarde, cuando el Banco estaba fuera de peligro, hizo también el emperador su aparición, y dijo lo que ya sabían todos: que el cuerpo de pajes era ahora lo que más importaba salvar, y había que hacerlo por todos los medios posibles. Era evidente que si dicho edificio ardía, la Biblioteca Nacional y la mitad del Neusky Prospekt hubieran desaparecido.

La multitud, el pueblo, fué quien hizo todo lo posible para evitar

que el fuego se extendiera cada vez más. Hubo un momento en que el Banco se vió seriamente amenazado: los géneros sacados de las tiendas de enfrente se aglomeraron en la calle Sadovaya, donde yacían apiñados contra el ala izquierda del mencionado establecimiento; los efectos que ocupaban toda la calle, se inflamaban de continuo; pero el pueblo, asándose materialmente, en medio de un calor insoportable, evitó que el incendio se comunicara á las pilas de géneros que se encontraban al otro lado. La gente clamaba contra todas las autoridades, al ver que ni una bomba siquiera se hallaba disponible. « ¿Qué están haciendo todos en el ministerio de la Gobernación, cuando el Banco y la casa de expósitos van á incendiarse? ¡Todos han perdido la cabeza! » « ¿Dónde está el jefe de policía, que no puede mandar una brigada de bomberos al Banco? », se oía decir por todas partes. Yo conocía personalmente al jefe aludido; el general Annekoff, por haberlo encontrado una ó dos veces en casa de nuestro subinspector, adonde iba con su hermano el conocido crítico literario, y me ofrecí á ir en su busca. Lo encontré, en efecto, paseando, al parecer sin objeto, por una calle; y cuando le dí cuenta de lo que ocurría, á mí fué, aunque parecia increíble, á un muchacho, á quien dió la orden de trasladar una de las brigadas de bomberos, desde el ministerio al Banco. Yo le manifesté que á mí no me obedecerían, y le pedí una orden por escrito; pero el general no tenía ó pretendió no tener ni una hoja de papel, por lo que le rogué á uno de nuestros oficiales, el teniente L. L. Gosse, que viniera conmigo á transmitir la orden. Al fin, dimos con el capitán de una de ellas, quien, entre maldiciones y juramentos, vino con su fuerza al Banco.

El ministerio mismo no ardía; lo que se quemaba eran los archivos; y muchos jóvenes, en su mayoría cadetes y pajes, en unión de varios dependientes, porteaban paquetes de papeles desde el lugar del peligro á los carros que los cargaban. Con frecuencia solía caer alguno al suelo, en cuyo caso el viento, apoderándose de sus hojas, las esparcía por la plaza. A través del humo se distinguía un fuego imponente, corriéndose por los depósitos de madera, al otro lado del canal.

La estrecha callejuela que separaba el colegio del Apraxin Dvor se encontraba en un estado deplorable; sus tiendas estaban llenas de azufre, aceite, trementina y otras cosas por el estilo, é inmensas lenguas de fuego de varios colores, lanzadas por las explosiones, lamían los techos del ala de aquél, que formaba el otro lado de la calle. Las ventanas y pilastras próximas al techo empezaban ya á humear, en tanto que los pajes y algunos cadetes, después de haber desalojado el local, le daban á una pequeña bomba que recibía el agua á grandes intervalos de unas viejas cubas que había que llenar á mano. Dos bomberos que se hallaban en el caldeado techo, gritaban continuamente: « ¡Agua! ¡Agua! », en un tono que penetraba hasta el corazón. Yo no pude resistir más, y me lancé á la calle de Sadovaya donde por la fuerza obligué al conductor de una de las pipas que pertenecían á una brigada de bomberos de policía, á que entrase con su carro en nuestro patio y diese agua á la bomba; pero cuando traté de repetir lo mismo, una vez más, me encontré con una terminante negativa de parte de aquél, quien me dijo que le formarían consejo de guerra si me obedecía. Al oír esto, me gritaron los compañeros por todas partes: « Ve y busca á alguien — al

jefe de la policía, al gran duque, á cualquiera — y dile que sin agua tendremos que abandonar la casa al fuego ». « ¿No sería mejor dar parte al director? », alguno dijo; á lo que contestaron los demás: « ¡Vayan todos al diablo! se necesitaría una linterna para encontrarlos. Ve y hazlo tú mismo ».

De nuevo fuí á buscar al general Nurenkoff, y al fin me dijeron que debía estar en el patio del Banco. Varios oficiales se encontraban allí, en torno de un general en quien reconocí al príncipe Suvóroff, gobernador general de San Petersburgo. La cancela, sin embargo, se hallaba cerrada, y un empleado del establecimiento que la custodiaba, se negó á dejarme pasar; pero yo insistí, amenacé, y, finalmente, me admitieron. Entonces, me fuí directamente al príncipe, que estaba escribiendo una nota en el hombro de su ayudante.

Cuando le dí cuenta del asunto, lo primero que me preguntó fué « ¿Quién os envía? » « Nadie; los compañeros », fué mi respuesta. « ¿De modo que decís que el colegio estará pronto ardiendo? » « Sí ». El partió inmediatamente, y cogiendo en la calle una sombrerera vacía, se cubrió con ella la cabeza, yendo á todo correr hacia la callejuela, que se encontraba llena de barriles vacíos, paja, cajas de madera y otros combustibles por el estilo, ocupando el espacio que mediaba entre las llamas de las tiendas de grasas incendiadas, de una parte, y el edificio del cuerpo de pajes, cuyos marcos de ventanas y pilastras empezaban á humear, de la otra. El príncipe procedió con resolución. « En vuestro jardín hay una compañía de soldados — me dijo — tomad un destacamento, y limpiad esa callejuela en el acto. Se traerá aquí inmediatamente una manguera de la bomba de vapor; que no pare de funcionar; lo confío personalmente á vuestro cargo ».

No era cosa fácil hacer salir á los soldados del jardín; pues después de haber dado buena cuenta del contenido de barriles y cajas, con los bolsillos llenos de café y los quepis de terrones de azúcar, disfrutaban de lo templado de la noche, comiendo avellanas bajo los árboles. Ninguno quiso moverse hasta que no intervino un oficial. La callejuela quedó limpia, y la bomba no dejaba de funcionar; los compañeros estaban contentos, y cada veinte minutos relevábamos á los hombres que dirigían la manga, permaneciendo á su lado con un terrible calor insufrible.

A las tres ó las cuatro de la mañana era evidente que se le había puesto al fuego una barrera; el peligro de que se extendiera al cuerpo había desaparecido, y después de haber apagado nuestra sed en una « casita blanca », que casualmente estaba abierta, caímos, medio muertos de fatiga, en la primera cama desocupada que encontramos en la enfermería del colegio.

A la mañana siguiente me levanté temprano y fuí á ver el lugar de la conflagración. Al volver á la escuela, encontré al gran duque Mikhael, á quien acompañé, según era mi deber, en su ronda de inspección. Los pajes, con los rostros negros por el humo, ojos hinchados, labios inflamados, y algunos con el cabello chamuscado, levantaron la cabeza de la almohada; difícil era reconocerlos, y, sin embargo, estaban orgullosos al pensar que no fueron « meros espectadores », habiendo trabajado con la misma energía que los demás.

Esta visita del gran duque arregló mi dificultad. Me preguntó por qué había concebido la idea de ir al Amur, si contaba con amigos allí, si tenía relaciones con el gobernador general; y al saber que no contaba con parientes en Siberia, y no conocía en aquella parte del país á nadie, exclamó: « Pero, entonces, ¿cómo vais á ir? Podrán enviaros á una triste aldea de cosacos; ¿qué haréis allí? Lo mejor será que yo escriba al gobernador general recomendándoos ».

Después de tal ofrecimiento, tenía la seguridad que la oposición de mi padre cesaría, y, en efecto, así fué. Quedé en libertad de ir á Siberia.

* * *

Este gran incendio vino á ser un punto de importancia, no sólo respecto á la política de Alejandro II, sino también en la historia de Rusia en aquel período del siglo. Que no había sido un mero accidente, era cosa clara; la Trinidad y el día del Espíritu Santo son grandes fiestas en el país, y en el interior del mercado no había nadie más que los guardas; además, éste y los depósitos de madera empezaron á arder al mismo tiempo, y la conflagración de San Petersburgo fué seguida de otras similares en varias capitales de provincia. Que el fuego había sido encendido por alguien, era indudable; pero ¿por quién? A esta pregunta aun no se ha contestado.

Halkoff, el ex liberal, que profesaba odio personal á Hérzen, y en particular á Bakunin, con quien una vez había tenido que batirse en desafío, al día siguiente del siniestro acusó á los polacos y á los revolucionarios rusos de ser sus autores, y esa opinión prevaleció en San Petersburgo y Moscou.

Polonia se preparaba entonces para la revolución que estalló en el siguiente Enero, y el comité secreto del partido revolucionario concluyó una alianza con los refugiados en Londres, teniendo sus agentes en el corazón mismo de la administración de San Petersburgo. Muy poco tiempo después del mencionado fuego, el gobernador de Polonia, conde de Jüders, fué muerto de un tiro por un oficial ruso, y cuando el gran duque Constantino fué nombrado en su lugar (con la intención, según se dijo, de hacer de Polonia un reino separado para él), sufrió la misma suerte y de igual modo, el 26 de Junio. Y en Agosto se intentó algo parecido contra el marqués Wielpalsky, el jefe polaco del partido de la unión con Rusia. Napoleón III mantenía entre los polacos la esperanza de una intervención armada en favor de su independencia. En tales condiciones, juzgando desde el punto de vista militar, por lo general limitado, el destruir el Banco de Rusia, en unión de varios ministerios, y el sembrar el pánico en la capital, podía ser considerado como buen plan de guerra; pero jamás se encontró ni la más remota evidencia en apoyo de esta hipótesis.

Por otra parte, los partidos avanzados rusos vieron que nada podían esperar en adelante de la iniciativa reformista de Alejandro, comprendiendo claramente que éste se marchaba de un modo resuelto al campo reaccionario. Para los hombres previsores era evidente que la liberación de los siervos, bajo las condiciones de redención que les habían

impuesto, significaba su inevitable ruina, y en Mayo se distribuyeron proclamas revolucionarias en San Petersburgo, haciendo un llamamiento al pueblo y al ejército, y recomendando á las clases ilustradas que insistieran sobre la necesidad de una convención nacional. Bajo tales circunstancias, el desorganizar la máquina gubernamental podía haber entrado en los planes de algunos revolucionarios.

Finalmente, el carácter indefinido de la emancipación había producido una gran fermentación entre los rurales, que formaban una parte considerable de la población en todas las ciudades rusas, y á través de toda la historia de este país se observa que, cada vez que una agitación igual ha empezado, ha venido acompañada de anónimos anunciando incendios, y algunas veces de estos mismos.

Era posible que la idea de dar fuego al mercado de Apraxin podía haberse ocurrido con el fin de aislar á los partidarios de la revolución; pero ni las investigaciones más minuciosas, ni las prisiones en grande escala que empezaron á efectuarse en toda Rusia y en Polonia, inmediatamente después del suceso, revelaron la más ligera indicación en tal sentido. Si algo se hubiera hallado, el elemento reaccionario hubiese sacado partido de ello. Muchas reminiscencias y volúmenes de correspondencia de aquella época se han publicado desde entonces; pero nada contienen que pueda dar el menor asomo de verdad á semejante sospecha.

Por el contrario, al estallar conflagraciones parecidas en varias poblaciones sobre el Volga, y especialmente en Saratoff, y cuando Zhólunoff, que era senador, fué enviado por el zar para hacer una investigación en toda regla, volvió con la íntima convicción de que el incendio de esta última ciudad fué obra del partido reaccionario, en el que existía la creencia de que sería posible por ese medio inducir á Alejandro II á posponer la abolición final de la servidumbre, la cual debía tener lugar el 19 de Febrero del 63. Conociendo la debilidad de su carácter, inmediatamente después del gran incendio de San Petersburgo, empezaron una violenta campaña á favor del aplazamiento y de la revisión de la ley de emancipación en sus aplicaciones prácticas. En los círculos bien informados se susurraba que el senador Zhólunoff era verdad que volvía con pruebas positivas de la culpabilidad de los reaccionarios en Saratoff; pero murió en su viaje de regreso, desapareciendo su cartera, que jamás se ha llegado á encontrar.

Pero sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el fuego del Apraxin tuvo las más deplorables consecuencias. A partir de esa fecha Alejandro se entregó á los reaccionarios, y — lo que fué peor aún — la opinión pública de aquella parte de la sociedad de San Petersburgo, y en particular de Moscou, que más pesaba en las determinaciones del gobierno, arrojó de repente su manto liberal, volviéndose, no sólo contra la sección más avanzada del partido reformista, sino que tornó también la espalda á la más moderada. Pocos días después del siniestro, fuí un domingo á visitar á mi primo, el aide-de-camp del emperador, en cuya casa había visto con frecuencia á los oficiales de la guardia montada simpatizar con Chernyshevsky, siendo mi mismo primo, hasta entonces, un asiduo lector de *El Contemporáneo* (el órgano del partido reformista avanzado). En esta ocasión trajo varios números de dicho periódico.

dico, y colocándolos en la mesa ante la que yo estaba sentado, me dijo: « Ahora bien, después de *esto*, no quiero saber nada más de ese papel incendiario; tengo lo suficiente »; y estas palabras expresaban la opinión de « todo San Petersburgo ». El hablar de reformas se hizo inconveniente; toda la atmósfera estaba cargada de un espíritu reaccionario; *El Contemporáneo* y otras Revistas parecidas se suprimieron; las escuelas dominicales fueron prohibidas en absoluto; empezaron los arrestos en grande escala, y la capital se puso en estado de sitio.

* * *

Quince días después, en Junio 13 (25), la época que nosotros los pajes y cadetes tanto habíamos aguardado, vino al fin. El emperador nos hizo una especie de examen militar en toda clase de evoluciones — durante el cual nosotros mandábamos las compañías, y yo formaba á caballo ante el batallón —, y fuimos ascendidos á oficiales.

Cuando concluyó la parada, Alejandro II dijo en alta voz: « ¡A mí los nuevos oficiales! » y nos reunimos en torno suyo, permaneciendo él montado.

Aquí lo vi bajo un aspecto completamente nuevo; el hombre que al año siguiente apareció como el sanguinario y vengativo represor de la insurrección polaca, se levantaba de cuerpo entero ante mis ojos, en el discurso que nos pronunció.

Empezó así, con tono reposado: « Os congratulo; sois oficiales, » Después habló sobre el deber y la lealtad militares, como es de costumbre en tales ocasiones. « ¡Pero si alguno de vosotros », agregó, marcando mucho las palabras, y manifestando repentinamente en el rostro la expresión de la ira; « pero si alguno de vosotros — que Dios os libre de ello — fuera, bajo cualquier circunstancia, desleal al zar, al trono y á la patria, tened cuidado con lo que os digo, será tratado con toda la severidad de las leyes, sin la más ligera con-mi-se-ra-ción! »

El tono de su voz disminuyó, y en su semblante se retrataba esa expresión de ciega cólera que yo había visto en mi juventud en los rostros de los propietarios territoriales cuando amenazaban á sus siervos « con hacerles saltar la piel á baquetazos ». Cuando hubo terminado, espoleó su caballo con violencia y se marchó. A la mañana siguiente, el 14 de Junio, se fusilaron por orden suya, tres oficiales en Modlin, Polonia, y un soldado, llamado Szur, fué muerto á palos.

« La reacción nos arrastra á toda prisa », me dije á mí mismo, cuando volvíamos al colegio.

Antes de dejar San Petersburgo vi á Alejandro II una vez más. Algunos días después de nuestra promoción, todos los nuevos oficiales estaban en palacio para ser presentados á él. Mi más que modesto uniforme, con sus extraños pantalones grises, atraía la atención universal, y á cada momento tenía que satisfacer la curiosidad de oficiales de todas clases que venían á preguntarme qué uniforme era el mío. Como el regimiento de cosacos del Amur era entonces el más moderno del ejército ruso, yo me hallaba casi á la cola de los centenares de oficiales presentes. No obstante, Alejandro II me encontró con la vista, y me preguntó: « ¿Conque vais á Siberia? ¿ Ha consentido al fin vues-

tro padre? » Contesté en la afirmativa, y él agregó: « ¿ No teméis ir tan lejos? » « No », le dije resueltamente; « deseo trabajar, y allí habrá mucho que hacer en la aplicación de las grandes reformas que van á implantarse ». Me miró fijamente, quedó pensativo y dijo al fin: « Id, pues; en todas partes se puede ser útil »; y su fisonomía tomó tal expresión de fatiga, tal aspecto de debilidad y abatimiento, que pensé en el acto: « es hombre perdido; todo lo va á abandonar ».

San Petersburgo había tomado un aspecto sombrío; los soldados marchaban por las calles; patrullas de cosacos de caballería recorrían los alrededores del palacio, y la fortaleza estaba llena de prisioneros. En cualquier parte adonde me dirigiera, siempre veía lo mismo: el triunfo de la reacción. No me fué, pues, sensible alejarme de la capital.

Todos los días iba á la administración de los cosacos á pedir que me alistarán pronto mis papeles, y tan luego como los tuve en mi poder, partí para Moscou, á unirme con mi hermano Alejandro.

II.

Los cinco años que pasé en Siberia fueron para mí muy instructivos respecto al carácter y la vida humanos. Me vi puesto en contacto con hombres de todas condiciones, los mejores y los peores; aquellos que se encontraban en la cúspide de la sociedad y los que vegetaban en su mismo fondo; esto es, los vagabundos y los llamados criminales empedernidos. Tuve sobradas ocasiones para observar los hábitos y costumbres de los campesinos en su labor diaria, y aún más, para apreciar lo poco que la administración oficial puede hacer en su favor, aun cuando se hallara animada de las mejores intenciones. Finalmente, mis largos viajes, durante los cuales recorrí más de ochenta y cinco mil kilómetros en carros, en vapores, en botes, y principalmente a caballo, fueron de un efecto maravilloso en el mejoramiento de mi salud. Enseñándome al mismo tiempo á lo poco que realmente se limitaban las necesidades del hombre, desde el momento que sale del círculo encantado de una civilización convencional. Con algunas libras de pan y unas onzas de te en una bolsa de cuero, una tetera y un hacha colgada de la silla, y bajo ésta una manta para extenderla delante del fuego sobre una cama de ramitas de pinabete, recientemente cortadas, uno se siente admirablemente independiente aún en medio de montes desconocidos, densamente cubiertos de bosque ó coronados por la nieve. Sobre esta parte de mi vida, bien pudiera escribirse un libro; pero debo recorrerla rápidamente, por ser mucho todavía lo que me resta que relatar respecto á los períodos siguientes.

Siberia no es la tierra helada cubierta en todo tiempo por la nieve y poblada siempre de desterrados, que muchos se imaginan, aun entre los mismos rusos. En su parte sur es tan rica en productos naturales como la parte Sur también del Canadá, á la que tanto se parece en su aspecto físico, y además de medio millón de naturales, tiene una población de más de cuatro millones de rusos. Las regiones del Sur de la Siberia occidental son tan completamente rusas como las provincias situadas en el Norte de Moscou. En 1862, la alta administración de Siberia era mucho más ilustrada y bastante mejor en todos conceptos

que la de muchas provincias de la propia Rusia. Durante varios años, el puesto de gobernador general de la Siberia oriental había sido ocupado por un hombre tan notable como el conde N. N. Muravioff, que anexionó la región del Amur á Rusia. Era muy inteligente, muy activo, extremadamente amable y deseoso de trabajar por el bien del país; pero, como casi todos los hombres de acción de la escuela gubernamental, un déspota en el fondo; tenía, sin embargo, opiniones avanzadas, y una república democrática no hubiera llenado por completo sus aspiraciones. Había conseguido desprenderse, hasta cierto punto, del antiguo tipo de empleados, que consideraban á Siberia como país conquistado, y logrado reunir en torno suyo un buen número de jóvenes, completamente honrados, y muchos de ellos animados, como él, de los más levantados propósitos. En su propio gabinete, los jóvenes oficiales, con el desterrado Bakunin entre ellos (él se escapó de Siberia en el otoño del 61), discutían las probabilidades de crear los Estados Unidos de Siberia, federados á través del Pacífico con los Estados Unidos de América.

* * *

Quando vine á Irkutsk, la capital de la Siberia oriental, la ola de la reacción que vi en San Petersburgo no había llegado aún á estos lejanos dominios. Fuí muy bien recibido por el joven gobernador general Korsakoff, que acababa de reemplazar á Muravioff, quien me dijo le encantaba tener á su lado hombres de opiniones liberales. En cuanto al comandante militar de la región, llamado Kúkel — un general joven que aun no había cumplido los treinta y cinco años, cuyo ayudante personal vine á ser —, desde el primer momento me llevó á una de las habitaciones de su casa, en la que encontré, en unión de las mejores Revistas rusas, una colección completa de las ediciones revolucionarias de Hérzen, publicadas en Londres; pronto fuimos buenos amigos.

Este general estaba hecho cargo interinamente del gobierno de Transbaikalia, y á las pocas semanas cruzamos el hermoso lago Baikal, yendo más hacia el Este, hasta llegar á la pequeña población de Chitá, capital de la provincia. Allí tuve que dedicarme por completo, sin pérdida de tiempo, á las grandes reformas que estaban entonces en estudio. Los ministerios de San Petersburgo habían acudido á las autoridades locales, encargándolas hicieran proyectos de completas reformas en la administración de las provincias, organización de la policía, los tribunales, las prisiones, el sistema de destierro y la autonomía municipal; todo sobre bases ampliamente liberales, de acuerdo con lo expresado por el emperador en sus manifiestos.

Kúkel, ayudado por el coronel Pedashenko, hombre inteligente y práctico, y un par de empleados civiles, animados de buenos deseos, trabajaba todo el día y á menudo una buena parte de la noche. Yo fui nombrado secretario de dos comités, para la reforma de las prisiones y todo el sistema de destierro, y para preparar un proyecto de autonomía municipal, poniéndome á trabajar con todo el entusiasmo de un joven de diecinueve años. Leí mucho sobre el desenvolvimiento histórico de estas instituciones en Rusia y sus presentes condiciones en el

exterior, habiéndose publicado, al efecto, excelentes memorias y trabajos por los ministros de Justicia y Gobernación; pero lo que hicimos en Transbaikalia no fué puramente teórico. Primero discutí las líneas generales, y á continuación todos los puntos de detalle, con hombres prácticos, bien al tanto de las verdaderas necesidades y de los recursos locales, á cuyo fin me asesoré de un número considerable de personas, lo mismo en la capital que en la provincia; una vez hecho esto, las conclusiones á que habíamos llegado se volvían á discutir con Kúkel y Pedashenko, y después de poner yo los resultados bajo una forma preliminar, se trataban nuevamente punto por punto en los comités. Uno de éstos, el encargado de preparar el proyecto de autonomía municipal, estaba compuesto de ciudadanos de Chitá, elegidos por toda la población, con la misma libertad que se pudiera haber hecho en los Estados Unidos. En suma, nuestro trabajo fué ejecutado á conciencia, y aun ahora, volviendo la vista á él á través de la perspectiva formada por tal número de años, puedo afirmar lleno de confianza, que, si entonces se hubiera concedido la autonomía municipal en la modesta forma en que nosotros la proponíamos, las poblaciones de Siberia serían muy diferentes de lo que son. Pero nada resultó de todo ello, como se verá más adelante.

Otras ocupaciones incidentales no escaseaban tampoco; había que buscar dinero para el sostenimiento de instituciones benéficas; se necesitaba escribir una memoria sobre el estado económico de la provincia en relación con una exposición agrícola local, ó bien hacía falta realizar alguna investigación importante. « Es una gran época en la que vivimos; trabajad, querido amigo, y recordad que sois el secretario de todos los comités presentes y futuros », Kúkel solía decirme algunas veces, y yo trabajaba con doble energía.

Uno ó dos ejemplos demostrarán con que resultado; había en nuestra provincia un « jefe de distrito », esto es, un empleado de policía, investido de facultades muy amplias é indeterminadas, que era una verdadera calamidad; después de robar á los labriegos, los azotaba á derecha é izquierda, no sólo á los hombres, sino hasta á las mujeres, lo que era contrario á la ley; y cuando algún asunto criminal caía en sus manos, era posible que allí quedara detenido meses enteros, permaneciendo mientras tanto los hombres en la cárcel hasta que no le daban dinero. El general hacía tiempo que le hubiera dado pasaporte; pero el gobernador general no era partidario de esta idea, porque dicho individuo tenía buenas aldabas en San Petersburgo. Después de muchas vacilaciones, se decidió al fin que yo fuese á abrir una información sobre el terreno y hacerme de datos contra él. Empresa no muy fácil, porque los campesinos, á quienes el tal sujeto tenía aterrados, conociendo el antiguo proverbio ruso, que dice: « Dios está muy lejos, mientras que el amo es vuestro vecino », no se atrevían á declarar; hasta la mujer que había azotado temía al principio manifestarlo por escrito. Sólo después de haber pasado quince días entre ellos y ganado su confianza, fué cuando conseguí hacer luz sobre el proceder de aquel jefe. Tan importantes y concluyentes fueron los datos que logré reunir, que el tal empleado se vió cesante, quedando nosotros muy satisfechos por habernos librado de semejante plaga. Pero ¿cuál no sería nuestra admira-